

tiéndolo de la misma manera el papa positivista? Es preciso, exclama, abandonar la doctrina del catolicismo, conservando, sin embargo, su organización política (1). Pero ello es que tal organización está fundada sobre el dogma de una revelación milagrosa, de la que es órgano el vicario de Dios. ¿Qué importa? ¿Acaso no es también una revelación el positivismo? El papa positivista bien puede reemplazar al papa católico.

Todo lo que de la Reforma dice Comte es falso: sin embargo, se vanagloria de ser el primero que ha dado "un análisis fundamental" de la revolución religiosa que abre la era moderna. Este gran movimiento, dice, no había sido nunca hasta entonces tan bien juzgado, á pesar de los innumerables estudios á que diera lugar "por el triple defecto de racionalidad, de elevación y de imparcialidad que presentan ordinariamente esas concepciones contradictorias, sean históricas, sean políticas, de las que no han podido apercibir más que una sola faz ó las han despreciado ciegamente los diversos autores, tanto católicos como protestantes ó deistas" (2). El autor de la filosofía positiva cree haber descubierto la verdad, gracias á "su elaboración histórica," cuando precisamente ninguno, entre cuantos han juzgado la Reforma, ha mostrado las ciegas pretensiones que él ostenta. Un escritor que comienza por confundir el cristianismo con el catolicismo, ¿cómo ha de poder comprender una revolución que es un primer retroceso al cristianismo de Jesucristo? Al decir que carecían de imparcialidad los católicos, no ha hecho más que repetir en mal francés lo que Bossuet había dicho en su brillante lenguaje. Lo que constituye la esencia del protestantismo, asegura, es el dogma del libre examen, y éste conduce en línea recta al deísmo y al ateísmo (3). ¡En efecto, entre los protestantes es donde se encuentran hoy más ateos!

## VII.

Comte, por más que repudiara el catolicismo, permaneció católico de sentimiento. Pero sólo le seducen los malos principios del catolicismo, el

(1) COMTE, *Filosofía positiva*, t. v, p. 490.

(2) COMTE, *Filosofía positiva*, t. v, p. 636.

(3) COMTE, *Filosofía positiva*, t. v, p. 638 y 539.

espíritu de dominación, la pasión de la unidad y el olvido completo de la libertad. ¿Qué constituye la esencia de la libertad? El libre pensamiento, ó, lo que es sinónimo, el libre examen. Pues bien, el autor de la *Filosofía positiva* habla de la libertad de pensar como el papa y como los ultramontanos más fogosos. Creeríase, al considerar sus invectivas contra el libre examen, leer la *Civiltà Cattolica* de los padres jesuitas ó *El Universo* de Mr. Veuillot. Para él, la libertad de pensar no pasa de un estado de transición entre el dogmatismo antiguo y un dogmatismo nuevo. "El espíritu humano, afirma, tiene necesidad de puntos fijos, únicos capaces de enderezar útilmente sus esfuerzos espontáneos." Comte traza la caricatura del libre examen: "Examinar siempre, dice, sin decidirse nunca sería casi locura, en la conducta privada. La consagración dogmática de una disposición semejante respecto á los individuos, ¿cómo podría constituir la perfección social?" (1). Seguramente que no constituirá la perfección una locura; pero ¿quién ha dicho á Comte que la libertad de pensar sea esencialmente negativa? Ciertamente que ha comenzado por negar; mas era esto necesario, puesto que debía combatir á lo que llama Comte el viejo dogmatismo. Después ha comenzado á reconstruir, y de ello es, el mismo Comte una prueba viviente. También él procede del libre pensamiento, puesto que rechaza el dogma católico; pero es libre pensador inconsecuente, porque quiere reemplazar el dogma antiguo por un dogma nuevo, lo que equivale á cambiar de cadenas. La razón humana no ha repudiado este ó aquel dogma, sino la idea misma del dogma en cuanto expresión de una verdad absoluta á la que el hombre debe someterse. ¿Qué habría ganado la humanidad en sus luchas seculares si, después de haber roto los hierros de la Iglesia, hubiera de cargar con los del positivismo? Á la verdad, no valdría la pena de tantas revoluciones para reemplazar á Cristo por ídolos. Por nuestra parte, preferimos los altares del Hijo del Hombre.

Comte dice, con los católicos, que el libre examen tiende á la disolución del estado social; "por la divergencia siempre creciente de las inteligencias individuales, en adelante exclusivamente entregadas al impulso desordenado de sus diversos estimulantes naturales, en el orden de ideas más

(1) COMTE, *Filosofía positiva*, t. IV, p. 54.

vago y más fecundo en aberraciones capitales," (1). Comprendemos que Comte, ante todo amante de la unidad, se afectara desagradablemente de la anarquía intelectual que reina hoy en el mundo. ¿Diráse por esto que el desorden irá creciendo hasta que la sociedad caiga en disolución? No, el hombre tiene sed de verdad, como la tiene de luz, y no buscará con preferencia las tinieblas ni la duda. Mas hay un principio verdadero en esta anarquía, y es que ya el espíritu humano no cree en la verdad absoluta, aunque sí en Dios; sin embargo, está llamado á conocer la verdad y á practicarla en los límites de la imperfección humana. Este trabajo se realiza en medio de la anarquía aparente que desgarrará al mundo, y Comte le hubiera apercibido si no hubiese cerrado los ojos para no ver.

Comte se burla "de las divagaciones producidas por la ambición desenfrenada de tantas inteligencias incapaces y mal preparadas que deciden á su antojo las más complicadas y oscuras cuestiones, no pudiendo sospechar siquiera las principales condiciones que su elaboración natural exigiría" (2). Esto es el reverso del libre examen, pero todavía presenta otra faz. Si cupiera en la filosofía positiva la cuestión de destino para un ser que ni principio ni fin tiene, Comte se habría preguntado cuál era la misión del hombre. ¿Acaso la de poseer la verdad, ó de inquirirla? La Iglesia católica viene diciendo, durante muchos siglos, que la posee por completo, y que los fieles no tienen otra cosa que hacer fuera de escucharla y obedecerla. La humanidad ha escuchado y obedecido, las masas escuchan y obedecen aún. ¿Qué ha resultado de tal régimen? Los príncipes de la Iglesia han condenado á Galileo en nombre de la verdad absoluta, es decir, han condenado una verdad astronómica, matemáticamente demostrada. Los filósofos positivistas, si se les dejara, impondrían su doctrina á las inteligencias, rechazando la primera de todas las verdades, la verdad religiosa, Dios y el alma inmortal. Más vale que el espíritu humano *divague* libremente: así llegará á la verdad y no flotará eternamente en la duda; así dejará plena libertad de pensar, de creer y de decir. Esta libertad no es la anarquía, sino la condición indispensable para que la verdad pueda producirse y desarrollarse.

(1) COMTE, *Filosofía positiva*, t. IV, p. 55 y siguientes.

(2) COMTE, *Filosofía positiva*, t. IV, p. 57.

Es natural que Comte, desde que rechaza la libertad de pensar, no acepte la libertad política, ó sea lo que llamamos garantías constitucionales. ¿De qué servirían tales garantías cuando nada tienen que garantizar? Sin embargo, Comte se dice republicano, y por añadidura tuvo la desdichada idea de escribir en 1852 una carta al czar Nicolas, en la que expresa con orgullo que combatió "desde un principio," en 1822, la soberanía del pueblo y la igualdad, en nombre del progreso (1). Hay ciertamente una falsa igualdad que importa combatir, y hay una soberanía del pueblo que extravía á las naciones infundiéndoles una falsa idea de la libertad. ¿Referíase á ellas Comte? Al contrario, figura entre los más culpables, porque precisamente confunde la libertad con la igualdad, hasta debiéramos decir que desconoce la libertad. En el dogma de la soberanía popular no ve otra cosa "que una fatal tendencia anárquica," que, en su aplicación absoluta, "se opone á toda institución regular, condenando indefinidamente á los seres superiores á una dependencia obligada respecto á la multitud de sus inferiores, por una especie de traspaso á los pueblos del derecho divino tan reprochado á los reyes" (2). El derecho divino es el poder absoluto. ¿Acaso la soberanía del pueblo quiere decir que el poder absoluto ha pasado de los reyes á las naciones? Por el contrario, las naciones, al declararse soberanas, han querido ponerse al abrigo del poder absoluto. La Asamblea constituyente ha sido la primera en proclamar el dogma nuevo; y ¿quién se atrevería á acusarla de haber querido reemplazar la tiranía de los reyes por la tiranía de las masas?

En los países libres, la nación toma parte en el poder soberano por medio de sus representantes. ¿Cuál es la opinión de Comte sobre el régimen parlamentario? Llámale la anarquía parlamentaria, y se felicita del golpe de Estado que le destruyó. En 1852 escribía: "Me siento profundamente aliviado del yugo anárquico de los charlatanes arrogantes é intrigantes que nos impedían pensar. Esta crisis inesperada me procura una satisfacción igual á la de la monarquía en 1848," (3). ¡Extraña ceguera en un hombre que se precia de revelador! ¡Consideraba carga la monarquía constitucional y

(1) COMTE, *Política positiva*, t. II, p. XXIX.

(2) COMTE, *Filosofía positiva*, t. IV, p. 65.

(3) COMTE, *Política positiva*, t. II, Prefacio, p. xv.

y aplaudía el imperio! El régimen parlamentario le impedía pensar, ¡y ese régimen no es otro que el del libre pensamiento! ¿Por ventura se pensará con mayor libertad cuando ni por escrito ni de palabra se puede revelar el pensamiento? Comte aplaude el cesarismo: llámale la faz dictatorial de la revolución, y en su concepto, la dictadura es verdaderamente francesa, aunque convenga á las demas poblaciones católicas. Sólo una cosa teme, y es que el hombre de Estado que felizmente librará á la Francia del régimen parlamentario intente restablecer el constitucionalismo real (1).

¿Qué quiere, pues, este hombre, que se encuentra mal cuando la libertad reina y dichoso cuando el sable impera? Su doctrina política es la de los papas. Á sus ojos, la regeneración decisiva consiste en sustituir siempre los deberes á los derechos, para subordinar mejor la personalidad á la sociabilidad: "La palabra *derecho* debiera suprimirse del lenguaje político, como del lenguaje filosófico la palabra *causa*." Ya sabemos á qué atenemos. Destiérrase á Dios del mundo, y habrá que desterrar también la libertad. Comte es arrastrado al peor de los socialismos. La individualidad no existe: "Los hombres deben ser concebidos, no como *seres separados*, sino como los diversos *órganos de un solo y Gran Sér*" (2). Los ciudadanos son funcionarios públicos, es decir, engranajes de una máquina. No hay para qué añadir que es inútil la libertad política; hasta la palabra libertad debe desaparecer del lenguaje humano, como la palabra *derechos*, porque las dos nociones son idénticas (3). ¿Cuál será entonces el régimen de la humanidad bajo el dominio del positivismo? Habrá un nuevo poder espiritual, es decir, un nuevo papado. El papa tradicional se llama vicario de Dios. ¿De quién será vicario el papa positivista? No hay Providencia, "artífice teológico", de que puede prescindir el supremo sacerdote del positivismo, quien hablará y predicará en nombre de los tres grandes ídolos. Dejemos aquí una religión donde el culto de la humanidad se reduce á una mala parodia. ¿Qué ganarán los hombres ni los pueblos en tener un papa positivista en lugar de un papa católico? Tener deberes en vez de derechos. Mas ¿caben los

(1) COMTE, *Política positiva*, Prefacio, p. XIV, XVI.  
(2) COMTE, *Política positiva*, t. I, p. 361, 363.  
(3) COMTE, *Política positiva*, t. I, p. 122-125.

deberes donde el hombre se convierte en máquina? Por lo mismo, la palabra deber ha de desterrarse también del lenguaje humano; ¿qué restará entonces? Nada. ¡Á la verdad, no vale la pena desterrar á Dios del mundo y de la historia para poner la nada en su lugar!

#### § VIII. — El fatalismo de las leyes generales. Buckle (1).

##### I.

El nombre de Buckle ha tenido cierta notoriedad por su muerte prematura, que deben deplorar todos los hombres amantes de la ciencia. Era un entendimiento vigoroso que no se contentó, como Comte, con lecturas rápidas, sin que su notable caudal de conocimientos perjudicara en nada á la independencia de sus ideas. Con todo, no podemos asociarnos á los elogios que se le han prodigado. No es exacto que haya renovado la historia. Procede en parte de Montesquieu y de Herder, en parte de Augusto Comte. De los dos primeros toma la idea de la influencia que ejerce la naturaleza física sobre los pueblos, aunque dando á esta idea vaga la precisión de una doctrina sobre los hechos fundada. De la filosofía positiva toma la idea de las leyes que deben reemplazar á la noción de una Providencia particular. Podríamos, por tanto, dispensarnos de insistir sobre esta filosofía de la historia. Nuestros lectores la conocen de antemano. Detendámonos, sin embargo, un poco en ella, á causa de que la variada instrucción del historiador inglés pudiera dar crédito á una teoría que tenemos por falsa. La hemos criticado en lo que tiene de imaginaria; vamos ahora á apreciarla en lo que tiene de especioso.

Quéjase Buckle de que todos ó la mayor parte de los historiadores se contenten con narrar los hechos particulares concernientes á la vida de una nación. Mientras que en las otras ciencias los hechos se recogen como medio de llegar á leyes generales, los hechos históricos se consideran como el objeto esencial de la historia; los escritores más eminentes creen haber cumplido su tarea añadiendo

(1) Nos servimos de la traducción alemana: *Geschichte der Civilisation in England*, von HEINRICH THOMAS BUCKLE, übersetzt von ARNOLD RUGE (dos volúmenes en tres partes).

do algunas reflexiones morales y políticas á los hechos que refieren. Apenas si, después de la mitad del siglo XVIII, tres ó cuatro pensadores han intentado escribir la historia de la humanidad conforme al método seguido en las ciencias naturales; esto es, investigando las leyes generales que rigen tanto á las acciones humanas como á la naturaleza. Entre esos escritores cita con gran elogio á Augusto Comte el historiador inglés, haciendo, sin embargo, importantes reservas en cuanto al método y en cuanto á los resultados: lo único que aprueba es la idea de las leyes que dominan el desenvolvimiento de la vida humana. Mientras la historia no llegue á formular esas leyes, no merece el nombre de ciencia (1).

¿Cuáles son esas leyes? ¿Puede haber para la vida del hombre leyes tan constantes, tan invariables como las que rigen al mundo físico? La libertad humana, con sus irregularidades y sus pasiones, ¿no se opondrá á esa inmutabilidad? Si, á pesar de los excesos del libre albedrío, la humanidad avanza hácia un fin que es su misión, ¿no será indispensable que haya en su vida otro agente que el hombre? ¿No será Dios quien dirige la educación del género humano? Siendo el gobierno providencial el desarrollo progresivo de la especie humana, ¿no será el progreso la ley más general que rige la vida del hombre? Las cuestiones que acabamos de enunciar implican una creencia que está en el fondo de la conciencia moderna: la fe en el progreso y en un destino que estriba en nuestra marcha incesante por la vía del perfeccionamiento. Su curso progresivo puede detenerse por los extravíos del hombre; mas si, á pesar de ellos, cumple su misión, fuerza es creer que no siempre el hombre quiere lo que quiere Dios. Entonces, ¿cómo han de ser las acciones humanas el resultado de leyes constantes, invariables? Sólo hay un medio para llevar la fijeza de la naturaleza física al mundo moral, y es negar la libertad humana. Con efecto, á tal extremo conduce el sistema de las leyes generales. Añádase la negación de un gobierno providencial. Los astros que verifican su curso con regularidad admirable desde que existen ¿tienen necesidad de un guía? Luego la humanidad puede también prescindir de un director. En definitiva,

(1) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. I, p. 1, página 3 y siguientes.

las leyes naturales eliminan la libertad y eliminan á Dios. Esto es lo que el mismo Buckle va á decirnos.

La primera ley que establece es la de la influencia que ejerce la naturaleza física sobre la civilización, ó, como diríamos nosotros, sobre el desarrollo de la humanidad. Buckle sigue las huellas de Montesquieu y de Herder, aunque á su manera y con cierta originalidad. El progreso de la civilización depende esencialmente de los conocimientos que adquieren los hombres en los diversos dominios de la ciencia. Para entregarse á su estudio se requiere espacio y cultura intelectual, lo que supone cierta riqueza. Pero cuando el hombre tiene que luchar sin tregua por su existencia, no puede pensar en los estudios. Luego es una ley derivada de la naturaleza de las cosas que el progreso intelectual depende del desarrollo de la riqueza. ¿Qué causas favorecen ó retrasan la producción de la riqueza en un pueblo? La primera, la más considerable causa, está en la naturaleza física, el clima, el suelo. La constitución del suelo, el calor ó la humedad de la atmósfera, los ríos que riegan un país, son otros tantos elementos de que depende la fertilidad del territorio, y, por consiguiente, su riqueza. Ciertamente se necesita el trabajo del hombre para labrar los elementos naturales. Pero el trabajo depende también de la naturaleza física. Esto es lo que Buckle estableció con particular cuidado. Comienza ya á dibujarse el principio que caracteriza su obra: si hay leyes generales, fijas, inmutables que rigen al mundo moral, consiste en que este mundo moral es dependencia del mundo físico.

Con efecto, el progreso de la civilización depende de la riqueza, y la riqueza es producto de los elementos naturales labrados por el trabajo. Si dependen de la naturaleza, no sólo los elementos físicos, sino también el trabajo, es evidente que toda la civilización será resultado de causas físicas, y en este sentido de leyes generales. ¿Quién ignora que el calor y el frío excesivos son igualmente obstáculo al desarrollo de la actividad humana? Buckle añade una observación peculiar suya. El trabajo sólo ostenta valor en cuanto es continuo; si el hombre no puede trabajar durante estaciones enteras, ó si únicamente alcanza á trabajar durante algunas horas del día, su trabajo será poco productivo, y no llegará tampoco á ad-